



# Cuento

## de Federico Muelas



(...)- ¿Quién llama a estas horas?

- Posada pido, buen hombre. Que lleva mos muchas hora s de camino en el cuerpo y mi esposa se halla en estado...

- ¡Podfais haber venido antes...! ¡No tengo un solo sitio libre! ¡Gentes hay hasta bajo el vientre de las bestias en las cuadras!

José, desconcertado, imploró.

- Me llamo José y soy de las gentes de David, primo de Jorobram, el carpintero...

- Ayer mismo sellé su sepulcro...

Por uno de los rincones que dejaba libre la cabeza, metió la nariz la mujer del posadero.

- ¡Se viene antes, antes...! ¡No son horas de hablar!

José había callado bajo la pesadumbre de la mala noticia. María se atrevió a insistir descubriendo la cara, que amaneció blanca en lo oscuro de su rebujo.

- ¡Tengan piedad de nosotros! ¿Dónde podremos ir ya si nos negáis la entrada?

La mesonera sintió curiosidad de ver a quién plañía con tan delicada voz. Sonó el golpe del pedernal contra el eslabón y a poco colgaba del ventanuco la brizna de luz de un candilillo que jugaba sombraluces en el encalado de la fachada. Y le asustó la blancura de cera del rostro de María.

- Id a la entrada del pueblo. Allí tenéis la caravanera... No se llena nunca...

Comprendió el matrimonio nazarieta que era inútil insistir. Aún María alzó débilmente la voz...

- ¡Fíjese, buena mujer, como vengo! Y llevamos dos días de camino...

El golpe del ventanuco cortó la frase...

Volvió el mesonero con su esposa al lecho, no a su habitación, que para mayor ganancia en la ocasión que con la afluencia de gentes se le ofrecía, habían alquilado hasta su propia alcoba y dormirían sobre unas tablas a la que-rencia de las brasas del lar. Y no se le iba al hombre, más blando de corazón, la imagen del pobre matrimonio...

- ¡Rincón siempre se encuentra cuando se quiere y nosotros no hemos querido...!

La mujer respondía agría...

- ¿Qué quieres...? ¿Verme toda la noche con el agua caliente y los lienzos, despertando a los unos y malhumorando a los otros? Porque cara llevaba ella de estar a punto... ¡Bastante trajino durante el día!

No tuvo él valor para replicar. Sopló el candil y arrollóse en la cama para recobrar antes el calorcillos perdido. Pronto lo tuvo aún más íntimo y sua-



ve... Pero el sueño no volvía y, en el recuerdo, persistía la triste escena de la pareja desamparada. Y se preguntaba mentalmente:

- ¿Dónde habrán ido? ¿Habrán encontrado sitio en la caravanera? ¿Podrá la mujer resistir el frío de aquella dura noche decembrina? Y si mañana la diesen la noticia de haberlos hallado en cualquier sitio, yertos...

Tentado estuvo de levantarse y salir en su búsqueda. Pero allí, a su lado, estaba ella, la mesonera, mujer trabajadora donde las hubiera, pero de genio incontenible...

Ya pasada la media noche volvieron a sonar golpes en la puerta. Empezaba entonces a conciliar el sueño, mas jera tan imperiosa la llamada...! Ya camino de la ventana, sonó otra vez.

No era el chocar rudo del llamador de hierro, ni el blando de los puños en la madera... Era un temblor hondo de toda la puerta, como si la sacudieran unas manos poderosas... Trémulo, preguntó:

- ¿Quién llama a estas horas?

La respuesta le desconcertó aún más:

*Posada no pido...  
¡Vengo a daros brasas  
del Sol que ha nacido!*

Se abalanzó al ventanillo. Un matotazo de frío le abofeteó. Sacó la ca-



POR GOÑI

beza y miró a uno y otro lado. Nadie... ¡Y nadie había sido porque en la nieve no había señales de pisadas!

Volvió a la cocica. ¿Estaría soñando? Bebió agua en la alcarraza. ¡No, no

estaba soñando! Había oído una voz extraña, maravillosa... Bien recordaba sus palabras...

*Posada no pido...  
Vengo a daros brasas  
del Sol que ha nacido.*

Se metió en la cama... En la sombra, con los ojos muy abiertos, dirfase que vigilaba, al aguarde, impaciente, de algo que tenía que suceder. Cualquiera crujido, cualquier rumor, erizaban su atención... De repente, poco a poco, vio cómo las ascuas del hogar se encadilaban, brillando de nuevo, más vivas que nunca. Dijérase que desde arriba, por la chimenea, alguien las suscitaba soplando... Percibían hasta el rumoreo del viento sin que las leves plumas grises de la ceniza se movieran...

¡Sí, alguien subía y bajaba por la chimenea...! Alguien invisible que reavivaba los carbunclos de las brasas. Y, como dicha desde muy lejos, se oyó una voz:

*Soy, el hollín, negro musgo  
que un día soñó en la llama;  
volar quise como el humo  
pero me faltaron alas...  
Prestádmelas esta noche,  
sólo esta noche... ¡Prestádmelas!*

*¡Quiero adorar al Dios Niño  
antes que claree el alba!*

Inmóvil, con los ojos abiertos -dos brasas más que hubieran saltado del hogar-, el mesonero escuchaba. Junto a él, resollaba fuertemente su mujer, ajena a los misteriosos sucesos de la Noche Santa.

*Vendrás con nosotros  
y al Niño verás,  
¡oh musgo sencillo  
nacido en el lar!*

*Pero no podré besarle  
porque lo que toco mancho...  
¡Ojos seré para el Niño!  
¡No tendré labios ni manos!*

*Estuche serás, hollín,  
del más hermoso lucero.  
¡Nunca terciopelo igual  
cubrirá al Dios de los Cielos!*

Cogió su ropa el mesonero, salió de puntillas, y se vistió fuera apresuradamente. Bajó las escaleras de tres en tres. Descorrió el cerrojo... Aún era de noche. Una noche limpia y fría con más estrellas que nunca. Al fondo, del lado de la caravanera, venfan cantos y risas... Sonaban panderos y rabeles.